

## RHÓDOPIS

atención por espacio de largo rato. Myrtis no le había dicho la verdad. ¡Era de la divina Safo de Mitilene el rostro ajado que acababa de ver en el espejo! ¿Por la mirada de aquellos ojos sin luz estuvo a punto de matarse el poeta Alceo? Impenetrable designio el de los hados. El tiempo había realizado su obra cruel y fatal: todos los dones de Afrodita habían huido de ella y ya no podrían llamarla la cuarta Gracia o la décima musa de Lesbos. ¡Para qué vivir así! Era preferible, en verdad, precipitarse desde un peñón en el fondo del mar. Este pensamiento sombrío surgió en la mente de la poetisa y se albergó en ella como un áspid sobre su seno.

Un dulce céfiro jugueteaba en el jardín de la suntuosa morada de la poetisa con las hojas de la arboleda. Este jardín era considerado, a justo título, como una de las maravillas de la ciudad de Mitilene y como tal se lo mostraba a los extranjeros. Situado fuera del recinto amurallado de la urbe, ocupaba una extensa superficie de tierra regada por un arroyuelo y cubierta de bosques naturales en su mayor parte. Pero no era la magnificencia de la naturaleza libre la principal belleza del jardín, sino el arte exquisito con que

Safo lo pobló de estatuas, grutas, cascadas, fuentes, aves y flores, gastando en ello una fabulosa riqueza. En el centro del jardín hallábase el recinto sagrado, o sea el boquete de mirtos donde se celebraba al pie del simulacro de Afrodita la iniciación nocturna. En el área restante, entre lechos de césped circundados de apios, diseminaban los bosquecillos de laureles y manzanos, las fontanas, los rosales y los jacintos. Junto a las cascadas o alrededor de los estanques, veíase grupos de cisnes sobre cuya blancura resaltaban los irisados plumajes de fantásticos pájaros del Asia Menor. En el interior de las grutas y en las espesuras del bosque se arrullaban amorosamente bandadas de palomas. Blancas estatuas invadidas por la hiedra alzábansi aquí y allá en medio de la serenidad del ambiente y del verde de la arboleda. Ponderábase especialmente una obra que representaba a Prometeo robando el fuego sagrado. No era menos notable la efigie de una divinidad misteriosa cubierta con un velo, traída del Egipto. Sobresalía también por su incomparable belleza virilente una imagen de Eros, rodeado de las Kárates, que soñaban entre los racimos de una vid.

Declinaba la tarde con serenidad alejónea. Las barcas regresaban al puerto con sus blancas velas extendidas como alas de gaviotas. Era la hora en que Nais entonaba las habituales melopeas frigias impregnadas de fuego erótico y de éxtasis dionisiaco. La delicada figura de Cleis apareció en el recinto con la plectre en la mano. Safo apenas advirtió la presencia de la citareda, tan abstracta se encontraba en sus meditaciones; pero cuando la joven empezó a templar el instrumento con el plectro en el tono riente de la frigista, se reanimó y le dijo con acento de súplica:

—Cleis, dejemos hoy las canciones frigias... Quiero oír un himno hipódido.

Cleis comprendió que el alma de la poetisa estaba triste y se puso a tocar con todo el fervor de su corazón una de esas monodías hipolídias llenas de majestad y de reconocimiento que solían entonarse en las ceremonias religiosas y fúnebres. Las primeras vibraciones de la plectre, pulsada suavemente por la citareda, preludieron el himno, un himno grave y austero que era el canto triunfal de una madre lidia sobre la muerte de un hijo percidido heroicamente en el campo de batalla. Sobre el imponente tono hipólido de la melodía se alzó de pronto la voz de Nais con desolada quejumbre como si ella fuese realmente la madre lidia Florante ante el cadáver del héroe. La melopea seguía, dactilo por dactilo, espondeo por espondeo, el ritmo del verso, acenutándolo, al mismo tiempo que el canto se elevaba con solemnidad dólica sobre el cuerpo de la armonía grave descendente sobre un verso adónico.

Safo, con el rostro escondido entre las manos, escuchaba inmóvil. A intervalos, un suspiro lanzado entre las pausas de la melopea, sacudía la inmovilidad de su figura, contrayendo y dilatando su seno. Cada pulsación de la plectre, unida con el acento de Nais, resonaba en su espíritu con secretos estremecimientos. Y parecía que aquel canto de muerte murmurado en la agonía de la tarde caía sobre el crepúsculo de su vida como el lamento de su propia alma, fundido con el llanto lejano de una madre desolada.

Concluido el canto, se restableció el silencio en el recinto.

—Esta es la tarde más triste de mi vida —dijo Safo con una voz extraña que sorprendió a sus discípulas.

—Acaso sea hoy la última vez que nos hallamos reunidas.

Las discípulas se acercaron a la poetisa, atribuladas todas.

—Hablemos, pues, alegremente —prosiguió Safo con una serenidad que no parecía humana, sino divina, dis-



### (CAPÍTULO DE UNA NOVELA)

Safo creyó exhalar el último aliento cuando, desenvelto el papiro que acababa de entregárle una esclava, leyó las siguientes líneas: "¡Oh, Safo, perdóname! Huyo con Karaxos a Naucratís. Rhódopis."

¡Dioses adversos! Héte aquí que la discípula más cara a su corazón, su hija predilecta, como la llamaba cariñosamente, huía de su lado en compañía de su hermano. ¡Cuál de las dos ingratitudes era mayor: la de Rhódopis o la de Karaxos! ¡Ella, que tanto se esmeró en la educación de Rhódopis y que depositó toda su confianza en la joven! Dírfiese que los dioses no se cansaban de perseguirla por algún crimen inexplicable.

Era una hermosa tarde de primavera, semejante a aquel dorado atardecer sobre el mar Egeo en que llegó a Mitilene la doncella tracia. ¡Cuántos años habían transcurrido desde entonces hasta la fecha! En verdad, no menos de diez años, o sea el tiempo necesario para marchitarse su juventud. A la sazón hallábase la poetisa en el esplendor de su gloria y de su hermosura; en cambio, hoy, ¡qué era! Una pálida imagen de lo que había sido. Su cutis ya no era terso; su eneblera blanqueaba; ya no sería bella. Safo se sumió en una meditación dolorosa y profunda. ¡Instabilidad incesante de todas las cosas! Como las olas del Egeo, eran los días de la criatura humana y sus pasiones. ¡Por qué la vida se asemejaba a la rosa que ella tenía el hábito de deshojar en la copa cuando bebía en honor de las divinidades! Sin duda, para que florecieran en futuras primaveras otras rosas y se deshojaran sus pétalos en nuevas copas. Henadas con vinos extraídos de recientes odres.

Myrtis interrumpió el silencio de la poetisa, preguntándole:

—¡Ha ocurrido alguna desgracia!

Safo, por toda respuesta, le pasó el papiro, que Myrtis leyó con sorpresa mezclada de espanto.

—Dime, Myrtis, ¡es verdad que ya no soy bella! —interrogó bruscamente la poetisa.

—Sin duda, ya no eres joven; pero, si, bella todavía con la belleza de una tarde de otoño —contestó Myrtis, alcanzándole un espejo. Safo se contempló con